

# Todo comienza muy temprano

ANTÓN COSTAS

Todo lo que leo últimamente sobre la evolución de nuestra economía y sociedad coincide en subrayar la aparición de una tendencia que se acentúa con el paso del tiempo: la brecha de la desigualdad. Desigualdad en los salarios, en la distribución de la renta y la riqueza, en el empleo, en el acceso a la vivienda, en la capacidad de emancipación, en la educación de calidad, en la esperanza de vida y, en general, en las oportunidades para llegar a ser aquello que cada uno tiene motivos de querer ser.

La época dorada de la tendencia a la igualdad, que se dio en la segunda mitad del siglo pasado, se ha acabado. Los salarios y otros ingresos derivados de las prestaciones sociales del Estado de bienestar ya no consiguen reducir las diferencias. Al contrario, las acentúan.

Dicho de otra forma, la sociedad española se polariza entre un grupo reducido pero cada vez más rico que dispone de más oportunidades para ser lo que quiere ser y un número creciente de personas que ven como se empobrecen y se reducen sus oportunidades en la vida. Es como una herida en el cuerpo social que se agranda con el paso de los años. En particular, entre los jóvenes y las mujeres; especialmente, las mujeres que son madres solas.

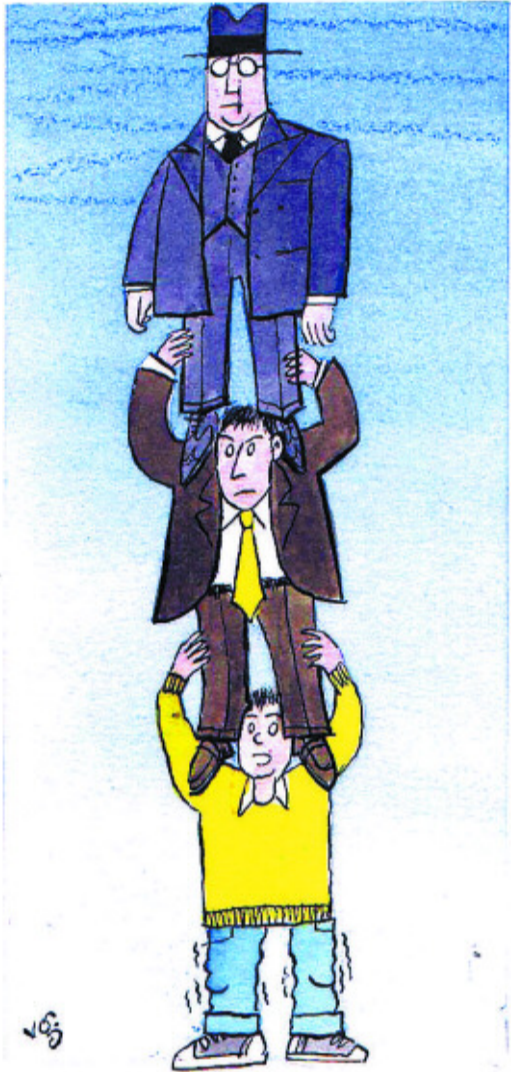
Este dato empírico, surgido de las asépticas estadísticas, parece chocar con la percepción ampliamente extendida entre nuestras autoridades políticas y en la propia sociedad, que tienden a creer que "España va bien".

Pero los datos son tercos. Una institución tan poco proclive a dramatizar las diferencias sociales como el Banco de España pone de manifiesto en su último informe sobre la economía española el aumento de la desigualdad salarial. Es interesante destacar que el aumento del nivel de estudios entre los trabajadores ha contribuido a aumentar la disparidad de salarios. Los titulados universitarios tienen salarios que están por encima de la media y la dispersión de ingresos en este colectivo se amplía, lo que hace que se agranden las desigualdades entre ellos. Las mujeres, por su parte, tienen salarios por debajo de la media, pero las diferencias entre ellas parecen ser menores que entre los hombres.

En todo caso, si de la aséptica disección de la desigualdad de salarios que hace el Banco de España pasamos a las descripciones más coloristas de los sociólogos y economistas independientes, las cosas se ven más claras; es decir, la desigualdad se acentúa en casi todas las dimensiones que queramos considerar.

Aquellos que tengan interés en un mayor conocimiento de có-

mo avanzan las desigualdades en nuestro entorno más cercano —ya sea éste Cataluña, España o Europa— tienen a mano una información creciente y de calidad. Entre los estudios económicos, me parecen especialmente relevantes los que viene publicando el servicio de estudios de Caixa de Catalunya bajo la dirección del catedrático Josep Olivé. Entre los estudios de nuestra evolución social les recomiendo leer los trabajos de Gosta Espin-Andersen, un economista y sociólogo danés



VIRGILI

**Las fuentes de la desigualdad social están en los primeros años de la vida. Lo que ocurra hasta los ocho años determinará, muy probablemente, lo que cada uno va a ser**

afincado entre nosotros como profesor de la UPF, a mi juicio uno de los analistas más lúcidos de nuestros males y remedios sociales.

Hay algo especialmente intrigante y perturbador en estos análisis sobre la desigualdad creciente de nuestra sociedad: las fuentes de la desigualdad social están en los primeros años de la vida de las personas. Lo que ocurra hasta los ocho años determinará con muchísima probabilidad lo que cada uno va a ser en la vida.

Apoyándose en los trabajos del premio Nobel de economía de 2000, James Heckman, Spin-Andersen destaca de manera muy elocuente en sus escritos la importancia de un buen inicio en la vida de las personas. En definitiva, la capacidad de aprender y la capacidad de adaptación que tienen las personas en la edad adulta dependen de la enseñanza, los valores y las acti-

tudes que hayan adquirido en la edad temprana.

Los estudios insisten en señalar este resultado. Lo que ocurre a los chavales en esa temprana franja de edad determinará en qué liga jugarán de mayores. Unos lo harán en la Champions, otros en la primera división nacional y otros en categorías inferiores. Pero lo perturbador de ese reparto, desde el punto de vista de la ética y la moral pública, es que no será ni el azar ni la globalización lo que distribuya las oportunidades de la gente para salir adelante, será la educación que hayan recibido en su primera infancia y el marco familiar en que hayan nacido.

La familia, la herencia social, como clave de las oportunidades de los jóvenes. Lo mismo que ocurre con ciertas enfermedades genéticamente hereditarias, la desigualdad tiene también un fuerte componente hereditario. Por lo tanto, cuando hablamos de la libertad y la responsabilidad de los individuos y de su derecho a elegir, no podemos olvidar este dato tan determinante. La responsabilidad recae también en la familia y la sociedad en su conjunto.

Este es un descubrimiento tremendo. Pero tiene su parte buena: al menos sabemos cuándo y dónde actuar para romper el determinismo individual de la herencia social.

Ahora que nuestros líderes políticos y los partidos se van a encerrar durante el verano para elaborar las ofertas de políticas que van a incluir en sus programas para las elecciones de otoño, es el momento propicio para tener en cuenta esta prioridad política: invertir en los niños de hasta ocho años, especialmente en los que nacen en el seno de familias desestructuradas o en situación de pobreza, y en barrios con serios problemas de empleo y marginación. La geografía de la desigualdad es importante.

Los economistas, sociólogos y otros científicos sociales pueden, por su parte, contribuir de dos formas. En primer lugar, elaborando una geografía detallada de la desigualdad. En segundo lugar, diseñando indicadores continuos de desigualdad. Pregúntense por qué a la inflación se le presta tanta atención y tan poca a la desigualdad. Fundamentalmente porque de la inflación tenemos indicadores continuos que presionan sobre los políticos y la sociedad. Cuanto tengamos ese mismo instrumento para conocer cómo avanza la desigualdad, habremos dado un paso de gigante para resolverla. Según un dicho anglosajón, lo que se mide mejora, lo que no se mide empeora.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la UB.

# Por qué 'sí' a Montilla

XAVIER MUÑOZ

¿Por qué sí a Montilla, de parte de un maragallista? Porque creo que el proyecto que defienden uno y otro es el mismo, incluidos los aspectos que se refieren al catalanismo. Evidentemente, lo que sí parece cierto es que van por caminos distintos.Cuál puede ser el más eficaz, aún está por ver. Quizá la conjunción del uno y del otro, ya veremos. En cualquier caso, ésta es una oportunidad y también un reto para los que defendieron entre bastidores posiciones que ahora tendrán que afrontar directamente.

Yo soy maragallista, a partir de un recorrido que no acostumbra a ser común, por lo menos entre *mi gente*, los empresarios. Yo lo soy y lo fui, porque desde joven participo de los valores y las ideas de la izquierda, y los expresados por el catalanismo dentro de esta tendencia. En este sentido, valoro a Maragall como el líder que más se ajusta a mi utopía, con visos de realidad.

Muchos votantes de Maragall proceden de otras tendencias políticas. La mayoría, de unas clases medias y empresariales que, tradicionalmente, han considerado el socialismo como el enemigo del alma. Yo he sido testigo del giro que en este aspecto se ha producido en nuestro país. Durante las elecciones a la alcaldía que disputaron Maragall y Roca, me fue imposible lograr que un solo empresario votara a Maragall, votara socialista.

Esta situación ha cambiado radicalmente. Y ello ha sido obra de Maragall, en parte por su estilo y en parte por su origen. El hecho es que se trata de un cambio radical, un signo más de la modernidad que está alcanzando este país, que se asemeja cada día más a los grandes países de Europa, donde los partidos socialistas están formados por las clases medias y empresariales, y tienen el apoyo de éstas.

Con relación al proyecto al que hago referencia, creo que tiene en estos momentos dos objetivos. Por una parte, el problema está en cómo hacer más competitiva y más igualitaria nuestra sociedad. Cómo hacerlo dentro de un proceso de participación, no partidista, y de transparencia. Por esta razón, resulta importante no volver a caer en el régimen de los 23 años, en el que dejamos una buena parte de nuestra competitividad y crecimiento detrás de una política de espaldarazos.

En este sentido, está claro que el proyecto de Maragall y el de Montilla es el mismo. Por ello digo sí a Montilla. Pero en ambos casos existe, además, un problema añadido. Este proble-



Pasqual Maragall, presidente de la Generalitat. / JOAN SÁNCHEZ

ma se llama PSOE, por no decir que se llama España. Como lo tiene CiU, que lo oculta de manera falaz, bajo la bandera, mientras mangonea con la máxima discreción.

Es en el modo de afrontar este problema donde se verán con más claridad las diferencias entre los dos líderes, o donde deberían verse. Maragall lo ha tratado en su carrera política desde la distancia y con una cierta afirmación de independencia respecto al partido. Montilla parece estar convencido de que la proximidad y la complicidad con el PSOE ha de ser el mejor garante de nuestras libertades y reivindicaciones. Pero uno se atreve a recordar que la proximidad a menudo facilita los *noes* más que los *síes*. Creo que en este momento vale la pena tener en cuenta que el PSC lleva muchos años instalado en una contradicción permanente, en este campo. Una contradicción que puede apreciarse visualmente en cualquier retransmisión televisiva desde el Parlamento español, en las que todo el país puede constatar la evidencia de que el PSC no existe, simplemente por falta de grupo parlamentario propio.

Situaciones parecidas resultan especialmente preocupantes para los votantes socialistas catalanes, que han mantenido una larga reivindicación para alcanzar su autogobierno. Elecciones tras elecciones, una buena parte de los votantes del PSC se sienten frustrados por la dependencia respecto a un partido central, cuando políticamente votan para acabar con el centralismo. Las contradicciones mantenidas desgastan y acostumbran a acabar mal. Maragall no tuvo tiempo u ocasión para encontrar la salida, no se le dio esta oportunidad. ¿La tendrá Montilla?, ¿nos demostrará que con proximidad se puede lograr, por ejemplo, el grupo parlamentario del PSC? Esto favorecería un cambio radical de visión, una amplia perspectiva, me atrevo a decir, de libertad y de sosiego.

Xavier Muñoz es empresario.